

interno y activo de esa naturaleza espiritual. Las procesiones trinitarias van a interpretarse según el modelo de la facultades o potencias del psiquismo humano, de modo que el Hijo procede del Padre por vía de inteligencia y el Espíritu Santo por vía de voluntad, como amor subsistente del Padre y el Hijo. Esta vida trinitaria se manifiesta hacia afuera en la creación. Para los padres latinos las cosas creadas o criaturas son obra de la deidad o naturaleza de Dios, por lo que siempre conciben su relación con la trinidad como mera apropiación extrínseca. En el hombre, por otra parte, el pecado toma el sentido de mácula o defecto de la voluntad, y la gracia se concibe como realidad creada de función primariamente moral, la redención de la voluntad de la servidumbre del pecado. La *caritas* permite a los hombres salir del mundo de las tinieblas, de la región de la *dissimilitudo*, del poder del pecado, abriéndoles a la luz de la amistad con Dios. El amor hace hijos de Dios porque libera del pecado. La *caritas* es la virtud teologal de la voluntad, lo mismo que la fe lo es de la inteligencia. Pero como la voluntad es la sede de la moralidad, *caritas* es formalmente sinónimo de moralidad, de virtud moral. Aún hoy es perceptible en las lenguas romances, derivadas del latín, este matiz del término «caridad» como sinónimo de «virtud moral» y aún de «obra de misericordia». Las raíces de este fenómeno se encuentran ya en la patrística, especialmente en la latina, muy proclive siempre a interpretar el hecho básico de la vida cristiana, la *agápe*, como acto de voluntad, y por tanto en una dirección preponderantemente psicológica y moral.

Cabía otra posibilidad, que usufructuaron de preferencia ciertos padres griegos, más próximos a la tradición intelectual platónica y neoplatónica. El amor puede interpretarse no como el objeto de una facultad, sino como el constitutivo formal y último de la realidad. Platón hizo del bien la Idea suprema, el transcendental por antonomasia. Frente a una teología psicológica y moral del amor surge así otra de carácter formalmente ontológico. El amor es una realidad metafísica, la realidad por antonomasia. Por eso Dios es amor, y las procesiones trinitarias son las expresiones personales de ese amor que es formalmente difusivo y ex-tático. Esa difusión se comunica también *ad extra*, de modo que la creación en general y el hombre en particular son plasmaciones finitas del infinito amor divino. La creación no es obra de la naturaleza de Dios —en el sentido de los latinos— sino de su vida personal, de su amor. La creación, que culmina en el hombre, está toda de alguna manera «divinizada». La gracia, por tanto, no tiene una dimensión primariamente ética sino ontológica, hace al hombre «consustancial» con Dios, lo «deifica», haciéndole participe en la vida divina, es decir, de su amor. El tema de la inhabitación del Espíritu Santo sobre así una envargadura especial, que orienta a buena parte de la patrística griega hacia la teología mística, de modo parecido a como la latina cultiva de preferencia temas de teología moral. Y así como el peligro de ésta fue el «moralismo» (la conversión de la *agápe* en *caritas*, en el sentido moral de este término), el de aquélla fue el «gnosticismo» (la identificación de la *agápe* con el *éros* platónico y neoplatónico).